

NADA QUE NO DESEES

TESSA COOPER

Capítulo 1

Roberto tenía claro que la morenaza que le sonreía lo acababa de golpear con el carro de la compra en la cadera con un solo objetivo: sexo. Y no. No era un tipo engreído. Pero conocía bien las reglas del juego, y que lo mirase a los labios pasándose la lengua por los suyos no dejaba lugar a dudas. Durante un segundo contempló la posibilidad de aceptar la oferta y chasqueó la lengua con fastidio. No podía. Y era una lástima. Porque bien merecía un poco de su tiempo. Sin embargo, se encontraba en los días en los que permitía que sus emociones fluyeran y se recreasen en lo que sabía que jamás tendría y, para qué engañarse, una parte de él anhelaba. No era buena idea incumplir el primer día la única regla que se autoimponía. De hecho, en los diez años que hacía que llevaba a cabo aquella purga personal, jamás la había roto. No empezaría ahora. Un tanto resignado, le dijo que no le había hecho daño, sonrió y siguió su camino. Tiempo tendría hasta el domingo para encontrar una mujer con la que, después de follar, compartir sus emociones. Eso sí, por tiempo limitado.

Ya fuera del supermercado, dudó si dirigirse hacia algún lugar donde encontrar lo que buscaba o dar un paseo por el parque. Echó hacia atrás los hombros, respiró hondo y liberó el aire, tomándose su tiempo. Quizá la conclusión a la que acababa de llegar fuese precipitada. Pero intuía que cada vez le costaba más zambullirse en esos días. Consternado, sacudió la cabeza, se apartó de un manotazo la maraña pelirroja en la que se había convertido su pelo en los últimos meses, y que ahora le tapaba la vista, y, con la intención de evaporar esa idea, echó a andar en dirección a la masa verde que tenía enfrente mientras abría el paquete de galletas que acababa de comprar.

Dejar Londres le había costado mucho más de lo que creyó posible. Cuando reorganizaron la empresa y vieron que la mejor opción era que él ocupara el puesto de Barcelona, no lo dudó ni un segundo. Tampoco podía decir que ahora se arrepintiera de haber aceptado. Pero echaba de menos a su hermana, que se metía en todo y lo hacía rabiar, pero, a la vez, le daba sentido a sus días. Otra cosa era su sobrina: lo que sentía por ella era auténtica devoción y, en ese caso, no sabía cómo llevaría su ausencia. Por el momento, bastante mal. Según su hermana, cada día se verían por videoconferencia. No se lo creía ni ella. Lo bueno de todo aquello es que estaría cerca de su padre. Hacía mucho que no vivían en la misma ciudad, ni tan siquiera en el mismo país, y, aunque toda la familia se veía con frecuencia, reconocía que lo echaba muchísimo de menos.

Además, hacía tiempo que le rondaba por la cabeza qué hacer con la casa de sus abuelos. Cuatro años atrás la había reformado y, cuando empezaba a creer que jamás tendría la oportunidad de vivir en ella, apareció la ocasión. Siempre creyó que regresar a aquel lugar le iría bien. Todos sus recuerdos eran buenos. Así que no podía ser de otra forma. Y de hecho, no lo había sido. En solo dos días ya se había convertido en su hogar. Algo que no podía decir del piso en el que había vivido los últimos seis años.

Y el clima. Eso también importaba. Porque, después de vivir con el sol en el cielo casi todos los días del año durante algo más de una década, regresar a Londres había sido todo un suplicio. Claro que se había acostumbrado, tiempo tuvo para adaptarse, pero no era lo mismo. Ahora volvería a disfrutar de la playa y de los chiringuitos.

Se adentró en la arboleda. Conocía cada rincón, se había subido en casi todos los botes del lago artificial y, de pequeño, nadie era más rápido que él recorriéndolo en bicicleta. Pero ahora que lo miraba a plena luz del día, los recuerdos de su infancia, que hasta ese instante no lo habían asaltado, lo golpearon con fuerza. Tan solo hacía cuarenta y ocho horas que había regresado y, casi con total seguridad, más de diez las había pasado allí. Eso sí, siempre a primera hora de la mañana o última de la tarde. Momentos que le ofrecían

una visión muy distinta a la que observaba ahora: padres que jugaban con sus hijos en la zona infantil; otros que les enseñaban a montar en bicicleta o que subían con ellos en uno de los botes del lago; familias enteras merendando en el césped, e, incluso, algún que otro perro haciendo caso omiso a sus dueños, que lo llamaban para que dejase de perseguir a un corredor o una paloma. Si aquella era la actividad en pleno febrero, no quería ni imaginar cómo sería en la época estival.

Se sentó bajo un sauce, en uno de los bancos frente al lago que años atrás había compartido con su abuelo, y, de forma inconsciente, se pasó una mano por el corazón.

Tenía que tomárselo con calma.

Después de todo, aquella semana, tan distinta a cualquier otra, no había hecho más que empezar.

* * *

Tessa, en cuanto notó la vibración del móvil en el brazo, supo que la había cagado. Frenó en seco, flexionó las piernas, dejó caer las palmas de las manos sobre las rodillas y, con la vista clavada en el asfalto, empezó a respirar a un ritmo más pausado. Ir a correr al parque después de trabajar siempre la relajaba. Quizás, ese día, demasiado.

Aquel viernes de febrero, a primera hora de la mañana, Juan le confesó que se casaba. La noticia no es que la pillara por sorpresa, al menos, no del todo. Se había pasado el último año maquinando excusas para que él y Sara, la diseñadora que habían contratado para reformar el vestíbulo de la empresa, se vieran dentro y fuera del trabajo: primero, lo convenció de que su despacho estaba anticuado; después, se las arregló para que Sara aceptara encargarse también de la casa de su jefe. Para cuando se iniciaron las obras, ya no la necesitaban. Lo que no se esperaba era que Juan decidiera también jubilarse. ¡Lo echaría tanto de menos!

Lo que sí le sorprendió fue que, por la tarde, Sara se presentara en la oficina y, además de invitarla a la boda, le pidiera ayuda con la preparación. Estaba emocionada. No solo eso. Estaba eufórica. Con lo mucho que le gustaba a ella organizar cosas. Lo que fuera. No lo dudó ni un solo segundo: entre lágrimas, aceptó encantada.

La insistencia del móvil la devolvió a la realidad. Era Marta, su mejor amiga, y a la que acababa de dejar plantada. ¿Por qué se sumía en sus pensamientos hasta el punto de olvidarse de lo más esencial? Algo le decía que jamás lo sabría. Arrepentida, descolgó el aparato:

—Te compensaré —aseguró con vehemencia. Por respuesta, silencio—. Lo juro.

Una estridente risa provocó que se quitara en el acto los auriculares de los oídos. Por un segundo dudó que opción prefería, si el silencio que presagiaba una muerte lenta o el sonido histérico que auguraba algo parecido a la locura.

Se incorporó, sacó el móvil del brazalete y se lo llevó a la oreja justo en el instante en que Marta dejaba de comportarse como si estuviese poseída.

—*Joder, Tessa, que por un momento me he visto en una casa victoriana, con un marido de esos que no se quita el traje ni para dormir, e hijos. Muchos hijos. ¡Me ha dado un escalofrío y todo! Porque, evidentemente, no me hacía ni caso, y me pasaba el día recordándole que estaba casado* —soltó su amiga de carrerilla y sin respirar.

Sacudió la cabeza y miró al cielo.

—Tienes demasiada imaginación.

—*¡Eh! No me critiques. Que sigo enfadada. Al fin y al cabo, tú sí que te has olvidado de mí.* —Su tono distaba mucho del de una mujer enfadada.

—En eso tienes toda la razón. Pero no seas tonta, sabes que me importas. Y mucho —respondió con guasa mientras se retiraba el aparato de la oreja. Otra risotada.

—*Vale. Te perdono. Te has ido a correr y te has olvidado de mí, ¿verdad?*

—Sí. Juan y Sara se casan y me han pedido que los ayude con la boda —gritó más que otra cosa.

—*¡Vaya! Estás de subidón. Enhorabuena por la parte que te toca.*

—Graciasss. —Tessa echó a andar mientras sonreía.

—*Y ya le estás dando vueltas.*

—Me conoces demasiado. —Dejó el parque atrás y cruzó el paso de peatones—. En cuarenta minutos estoy en el bar.

—*No. Déjalo. A los diez minutos sabía que no vendrías. Voy de camino al cine.*

—Serás...

—*Fantástica. Soy fantástica. ¡Nos vemos mañana!* —Y colgó.

Tessa miró el móvil. La acababa de dejar con la palabra en la boca. Se encogió de hombros y pensó que, en parte, se lo merecía.

Levantó la cabeza y se fijó en los edificios que había a su lado. Sin darse cuenta había cogido el camino opuesto al de su casa. Pensó en si dar marcha atrás para atravesar el parque o si era más rápido rodearlo. Mejor lo segundo. Después de todo, ya no tenía prisa.

No pudo dar dos pasos más. Una masa peluda que salía de un edificio la derribó y empezó a lamerle la cara con su lengua llena de babas.

—¡Comer! ¡Comer! ¡No!

Tessa consiguió abrir los ojos en el momento en que le sacaron el perro de encima. Aún en el suelo, se pasó con asco la manga de la camiseta por la cara.

Percibió el instante exacto en el que la luz de la farola menguaba gracias a la sombra de un hombre que se interpuso entre ambas; levantó la vista y un rostro serio, pero con los ojos más verdes que había visto en su vida, la observaba preocupado.

—Hola. —Sonrió, y él se relajó.

—Hola, ¿estás bien? —Una voz ronca y una dentadura perfecta. Para morirse.

—Creo que sí. —Él le ofreció una mano. Ella se la dio. Tiró de Tessa con tanta fuerza que, cuando estuvo erguida, observó que sus pechos estaban demasiado cerca. Dio dos pasos hacia atrás, confundida—. Tu perro es muy efusivo.

—Lo siento. No sé qué ha ocurrido. *Comer* jamás se comporta así. —El pelirrojo de melena despeinada la miraba con fijeza mientras sujetaba con fuerza la correa del animal, que parecía querer derribarla de nuevo.

—Déjalo. No importa. Me gustan los animales.

Buscó al perro, un labrador color canela que la contemplaba con gesto alegre. Le acarició la cabeza, y su cola se convirtió en un ventilador.

—No te tires encima de la gente. Puedes hacerle mucho daño a alguien. —Se agachó para quedar a la altura de *Comer*. Recibió un nuevo lametazo por respuesta—. ¡Para! —dijo entre risas mientras se incorporaba.

—Creo que le gustas mucho. —El joven sonrió y se pasó la mano por el pelo.

—Tendría un perro si mi piso no fuera tan pequeño. Y si no me pasara todo el día en el trabajo, y si tuviera con quién dejarlo cuando voy a ver a mis padres... Son demasiados y *sí*. De pequeña siempre tuve animales: un perro, un gato, un hámster, un periquito. Bueno, el gato llegó el último, después del hámster. A mi padre no le gustan los roedores y le ponía nervioso que lo dejara suelto por el comedor. —Se encogió de hombros—. Al día siguiente de morir *Pérez*, trajo a *Garras*. —Él se sorprendió al escuchar el nombre del felino—. Sí, mi padre fue muy gráfico. —Se dirigió a *Comer* y aseguró—: Por lo visto, tengo un nuevo amigo.

—Espero que sean dos. Me llamo Roberto. —Le tendió de nuevo la mano. Tessa se la quedó mirando, pero no levantó la suya—. No muerde.

—¿Qué?

—Mi mano. Que no muerde. —La movió a los lados, como si quisiera demostrar, de verdad, que era inofensiva. Cuando acabó, le retiró un mechón de pelo que le caía sobre el rostro y se lo colocó tras la oreja.

—Yo soy Tessa.

—Encantado de conocerte, Tessa. *Comer* y yo somos nuevos en el barrio.

—¡Ah! Pues... ¡bienvenidos!

—Gracias. —Roberto titubeó—. Dime, ¿te apetecería cenar con nosotros un día de estos?
¿Hoy?

La observaba como si fuera capaz de saber lo que pensaba con solo fijar su vista en ella. Intentó no parecer nerviosa. El perro era de fiar; el dueño... aún no lo sabía.

—Lo siento. Ya tengo planes. —Era mentira. Y él se dio cuenta. Lo supo cuando lo vio arquear las cejas y dar un paso hacia ella con una sonrisa lobuna que no le cabía en el rostro.

—¿Mañana?

—Ocupado. —Entonces fue ella la que sonrió. Si quería jugar al gato y al ratón, también sabía.

—¿El domingo? —Otro paso. Demasiado cerca.

—Lo siento, Roberto, pero yo no soy de esas. —Un cosquilleo muy agradable le recorría el cuerpo. Quizá tendría que replanteárselo.

—No sé a qué te refieres —dijo muy seguro de sí mismo.

—Estoy convencida de que sí. —Se esforzó en no reír.

Roberto, que era más alto que ella, se agachó y le susurró al oído:

—No lo estés.

Una especie de mareo la invadió, y se esforzó en mantener el equilibrio.

Se recordó que no era de esas.

—Creo... En fin. Ya nos veremos.

Tessa siguió su camino. No miró atrás. Acababa de comportarse como una mojigata, pero es que era cierto: no salía con el primer tío que se le ponía a tiro, por muy atractivo que este fuera. Mierda. ¿Y si solo quería ser su amigo? Una risa nerviosa emergió de entre sus labios. Y un cuerno. Quería algo más. Seguro. Un pensamiento cruzó su mente y abrió muchos los ojos, horrorizada. ¿Se había comportado como una diva? Bajó la vista y repasó su cuerpo. ¡Menuda estupidez! Había tomado la decisión correcta. Aunque, si era así, ¿por qué no estaba segura?

* * *

Tessa se incorporó de golpe, miró el reloj de la mesilla de noche y comprobó lo que se temía: se había quedado dormida. Saltó de la cama, se puso lo primero que encontró y salió disparada al baño. Se lavó la cara al estilo gato, se recogió la melena oscura en una cola alta, cerró la puerta del piso y corrió escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Ya en la calle, sus pasos, muchos más rápidos que los de cualquier otro día, contrastaban con la tranquilidad que reinaba a su alrededor. Se notaba que era sábado y que, en el barrio, mucha gente no trabajaba. Intentó pensar en positivo, creer que no era para tanto. Pero ¿a quién quería engañar? Sabía muy bien que aparecer por el mercado a partir de las diez de la mañana era un auténtico suicidio. Eran las once. No saldría de allí hasta pasadas las doce, y a la una había quedado con Marta para comer. No podía llegar tarde. Esta vez, seguro que no se lo perdonaría.

En diez minutos llegó a su destino.

Cruzó la puerta y las voces de los dependientes, tan animados como siempre, sobresalían del gran murmullo general. Miró al niño que estaba subido en la moto de su derecha y que le pedía un euro a su madre con voz lastimera. Le vino a la mente la imagen de ella en la misma situación; su madre pocas veces cedía, y le deseó al pequeño mejor suerte que la suya. Sorteó, con paciencia, varios grupos de personas a medida que avanzaba entre las paradas. Dejó espacio para que una señora que andaba con muletas se moviera con comodidad. Tan pronto como hizo hueco, unos niños, espada en mano, se batieron en duelo por el honor de una princesa. La niña, que los seguía de cerca, refunfuñaba con los brazos cruzados: no necesitaba que nadie la salvara, quería luchar. Tessa rompió a reír mientras la mujer la felicitaba por su espíritu combatiente.

Cuando llegó a la pescadería y vio la marea humana que esperaba su turno, se vino abajo. Su congelador estaba vacío. No se podía ir sin comprar, pero tampoco dejar plantada a Marta. Cogió su número e hizo un cálculo rápido: doce personas delante. Le tocaría ir al súper y comprar congelado.

Se giraba para irse cuando una voz conocida sobresalió del resto. Dio media vuelta y buscó al dueño. Roberto estaba pidiendo.

Ni lo pensó. Se acercó a él entre empujones y le echó imaginación a su problema.

—¡Cariño! Menos mal que llego a tiempo. Te he llamado al móvil y no me lo has cogido, aunque no me extraña; aquí hay mucho ruido. Mi madre acaba de llamar, me ha encargado pescado.

Roberto la miró entre divertido y sorprendido; por un segundo, tuvo miedo de que la delatase. Después sonrió y le rodeó la espalda con el brazo.

—Hola, cielo. Pues sí, llegas a tiempo.

La pescadera, que no había perdido ni un solo detalle de lo sucedido, le guiñó el ojo a Tessa y, con complicidad, le preguntó si quería lo de siempre. Ella afirmó con la cabeza, y la oronda mujer se puso manos a la obra.

—Gracias —murmuró, con la vista fija en un rape que tenía enfrente.

—De nada. Creo que ya puedo soltarte. —La dejó ir y, más cómoda, buscó su mirada.

—Menuda suerte encontrarte. He quedado para comer con una amiga a la una y no puedo llegar tarde.

—Pues me alegro de poder ayudar.

Lo miró intrigada. No sabía si lo decía en serio o si se burlaba de ella.

—¿No me crees?

—Por supuesto. —Y levantó una mano para ponerle un mechón de pelo, que se le había escapado de la cola, tras la oreja.

—Bien. —Sus ojos regresaron al rape.

Roberto no perdió detalle de todo lo que le preparaban: una merluza, un bacalao, un kilo de sardinas, dos de boquerones, tres sepias, un lenguado y un kilo de mejillones. Ella hizo ver que no se daba cuenta de cómo, a cada minuto, su rostro se crispaba.

Pagaron, cada uno lo suyo, y salieron a la calle.

Echaron a andar hacia el parque sin tan solo comentarlo. Llevaban un rato sin hablarse y, por extraño que pareciese, en ese instante no se sentía incómoda.

—Ayer no te pregunté, pero ¿estás casada o algo por el estilo?

Se paró en seco y lo miró perpleja.

—¡No! ¿Qué te hace pensar tal cosa?

Roberto, que intentaba aguantarse la risa, contestó:

—Llevas comida para un regimiento.

Miró las tres bolsas que sostenía entre las manos y se echó a reír. Él no aguantó más y la imitó.

—Cierto. Pero la culpa es de mi madre. —La miró con cara de no entender ni una sola palabra—. Verás, ella solo come pescado y, por ende, mi padre y yo, también. Aunque a veces nos fugamos y nos comemos un buen chuletón. Por supuesto, ella finge no saberlo.

—Pero, si ya no vives con ellos, ¿por qué no comes lo que te apetece? —Reanudaron la marcha.

—Soy tonta, Roberto. Siento que traiciono a mi madre cada vez que me llevo un pedazo de carne a la boca. ¿Ridículo? ¡Evidentemente! Pero así es. Si te digo que cada vez que mi

padre y yo nos descarríamos nos pasamos dos meses enviándonos mensajes diciéndonos que no es para tanto, te juro que no te engaño.

Roberto se rio con ganas y Tessa lo miró embobada. Empezaba a caerle bien. Mentira. Era mucho más que eso.

—Anda, dame una de las bolsas. —Le hizo caso—. ¿De dónde eres? Ayer entendí que tus padres viven lejos.

—¡Oh! ¿Me escuchabas? Yo que te vi más interesado en traspasarme con la mirada que en mis palabras...

—No es personal. Reacciono así cuando algo me interesa.

—Gracias por llamarme «algo». Has cumplido uno de mis sueños más ocultos.

—Lo sabía. Por eso lo he hecho.

Se miraron con complicidad. Y ese gesto le debió de dar carta blanca, porque, para cuando quiso darse cuenta, la yema de los dedos de Roberto se paseaba de sus mejillas al puente de la nariz.

—Aquí nos separamos —balbuceó y, sin saber muy bien cómo, señaló el paso de peatones que tenía a su derecha.

No le hizo caso.

—Es curioso. Yo soy pelirrojo y no tengo una sola peca en el rostro. En cambio, tú eres morena y tienes aquí unas que son preciosas. —Seguía acariciándola, y se sentía mejor que en toda su vida.

—Me tengo que ir. —En breve sería incapaz de articular palabra.

—Vale. Lo entiendo. —Roberto dejó de tocarla, se apartó y le devolvió su bolsa de pescado—. Yo corro por las mañanas. Quizá coincidamos algún día.

—Pues como no nos veamos por el barrio... Yo salgo a correr por las tardes, sobre las siete. —De golpe, se puso muy nerviosa.

—Bien. Hasta otro día.

—Adiós.

Y se quedó allí plantada. Viendo cómo se alejaba y entraba en su casa. Preguntándose qué se suponía que era lo que entendía Roberto. Y, aún peor, ¿a qué se refería con ese «vale»?

Capítulo 2

Aquella misma tarde, Roberto la localizó en el otro extremo del lago. Apoyó su cuerpo en el tronco de un sauce, cruzó los brazos, las piernas y se deleitó con la vista. La distinguió de entre el resto de corredores por su cola de caballo —morena, con las puntas rubias—, que oscilaba impetuosa de un lado a otro al ritmo de sus pasos, mientras sus extremidades se coordinaban a la perfección. Vestía una camiseta de manga larga de color rojo, a juego con las mallas que cubrían sus piernas, y que se degradaba hasta llegar al negro al alcanzar los puños y los tobillos.

Tragó saliva.

Jamás una chica tan normal le había fascinado tanto. Tenía un cuerpo atlético, eso era cierto, pero al mismo tiempo gozaba de una belleza tan neutra que la convertía en una mujer de lo más común. Sus pechos eran pequeños, y recordó que su culo era respingón. En ese instante descubrió que tales cualidades lo atraían.

Sorprendente.

La observó cuando pasó frente a él sin perder detalle. Justo en el instante en el que un mechón de pelo se soltó de su agarre, notó cómo sus dedos se removían inquietos; querían colocárselo tras la oreja. Joder, conseguiría una cita con ella aunque le fuese la vida en ello. Contuvo sus ganas de salir tras Tessa, que estaba tan concentrada que ni tan siquiera se fijó en él, y pensó que la vería dar otra vuelta al lago. Después de todo, verla mascullar la canción que escuchaba le hizo gracia, y no tardó en esbozar una sonrisa de pura satisfacción. Ya tenían algo en común.

—¿Te piensas quedar ahí toda la tarde? —Sus labios dejaron de curvarse cuando ella se dio media vuelta para hablar con él mientras corría. Desconcertado, corrió hasta alcanzarla. Ella se quitó los auriculares.

—Hola. Creía que no me habías visto. —Siguieron corriendo.

—Al principio pensé que se trataba de un depravado que me observaba oculto entre los árboles, pero luego me di cuenta de que tan solo eras tú: el chico que mira con fijeza cuando algo le interesa. —Le brindó un gesto burlón y no pudo más que reír.

—Me lo tengo merecido. Pero dime, ¿qué me ha delatado?

—¡Oh! No te preocupes. —Hizo un ademán—. No eres tú. Soy muy buena en temas de seguridad. Mi padre se gana la vida en ese campo y me ha enseñado cuanto debo saber para sobrevivir.

—Quizá me arrepienta, pero ¿me puedes poner algún ejemplo? —Esa chica era algo más que peculiar.

—Bueno, está lo típico: mirar a los lados antes de cruzar, no hacerlo si el semáforo está en rojo aunque no venga ningún vehículo; no beber si vas a conducir, no drogarse bajo ningún concepto; mirar de vez en cuando por el retrovisor para ver quién, o qué, tienes detrás; no meterte en el mar cuando está prohibido; no hablar con desconocidos. Vaya, lo común. ¡Ah! Y no aceptar caramelos de extraños ni dejar tu bebida fuera de tu vista.

—Algo me dice que hay más.

Tessa asintió con la cabeza.

—Con cinco años empecé con las clases de defensa personal. En un bar o restaurante siempre me siento de cara a la puerta de entrada o, en su defecto, lo más cerca posible a esta o a una salida de emergencia; localizo el baño y los extintores en cualquier establecimiento. Cuando viajo, me informo del hospital más próximo y del número de la policía si es que voy a otro país y, siempre siempre, informo al Ministerio del Exterior de mi paradero. —Se encogió de hombros y miró a Roberto—. Ya ves, de lo más normalito.

—No creo que sean malos consejos, siempre y cuando no se conviertan en una obsesión.

—Reconócelo, es raro —susurró, divertida, entrecerrando los ojos.

—Poco común. —Ella rio, y a Roberto le gustó ese sonido. Alcanzaron el embarcadero y las maderas crujieron bajo sus pies—. ¿Sabes? Cuando era pequeño, venía todos los domingos con mi abuelo a pasear en barca. Me parece increíble que, a día de hoy, sigan siendo las mismas —afirmó, con la vista clavada en un bote de color azul y el número setenta pintado en color blanco en la parte trasera.

—Creí que eras nuevo en el barrio. —Ralentizaron el paso hasta iniciar un paseo tranquilo.

—Nací en Londres, pero parte de mi vida la he pasado en Barcelona. Mis abuelos paternos son de aquí. Y tú, ¿de dónde eres?

—¡Ah! Eso explica tu acento. Yo soy de Menorca.

—¡Vaya! Eso explica el tuyo.

Los dos rieron, y Roberto se pasó la mano por el pelo, echando hacia atrás unos mechones pelirrojos.

—Y dime, ¿cómo liga una adolescente que no puede hablar con desconocidos en una isla repleta de turistas?

—Tenía un truco —susurró aproximándose a él, y su olor a coco lo descolocó por un instante—. Verás, esa norma era muy estricta en cuanto a chicos se refiere, así que... hablaba con sus madres, hermanas, abuelas o amigas. Una vez que me lo presentaban y todo parecía normal, tenía vía libre. Y tú, ¿cómo lo hacías?

—¿Yo? —Se hizo el ofendido.

—Sí. Tú. —Tessa levantó las cejas un par de veces y señaló su cabellera—. El color de tu pelo no es muy popular, sobre todo en la infancia y preadolescencia. Tienes unos ojos increíbles, pero si fueras rubio, o moreno, sería mucho mejor. No sé, ¿qué quieres que te diga?, los pelirrojos están poco cotizados.

—Deberías saber que solo el dos por ciento de la población es pelirroja, y casi toda tiene los ojos marrones. Así que yo rompí el molde dos veces.

Lo miró con desconfianza y, después, una carcajada de lo más hipnótica los envolvió.

—No me puedo creer que ese fuera tu argumento —afirmó con dificultad. Las risas aún le llenaban la boca.

—No en concreto, pero sí, me vendía muy bien.

—¿Y cómo se te ocurrió?

Dejaron el camino que rodeaba el lago y se encaminaron hacia la salida opuesta a la casa de Roberto. Eran casi las ocho y, poco a poco, el parque se había quedado vacío, a excepción de algún perro con su dueño y algún corredor rezagado.

No perdía detalle de cómo Tessa miraba el suelo y empujaba, con cada paso, las hojas que encontraba en el camino. Tuvo la impresión de que decidía si confiar en él.

—Había una chica.

—Cómo no.

—Me gustaba mucho y la invité al baile de fin de curso. Tenía catorce años. Ella aceptó. En el último momento me dejó tirado por el chico malo del colegio, un rubio de ojos azules.

—¿Ves? Ya te lo decía. ¿Y qué ocurrió?

—Mandó a su amiga a darme calabazas. Al final conseguí que Mary me dejara besarla; lo hizo por compasión y porque mi historia del gen excepcional le pareció creíble. Aunque más tarde me enteré de que ella también estaba colada por James, el chico malo, así que supongo que también necesitaba que la consolaran.

—Menuda historia.

—Ya lo creo. Aunque lo más increíble es que James y Carol siguen juntos. Tienen tres hijos, y cada Navidad me envían una postal de felicitación.

—Eso sí que es impresionante.

—Cierto.

—Bueno, nuestros caminos se separan. —Llegaron a la acera y Tessa señaló un paso de peatones—. Me ha gustado hablar contigo, siempre es... diferente. Hasta otro día.

Se dio media vuelta, pero Roberto la cogió por el brazo, obligándola a girarse.

—¿Cenamos juntos? —Los ojos de Tessa estaban muy abiertos, con una expresión que jamás le había visto en su rostro. Contuvo la respiración.

Sí. Pronto sería suya.

—Ya te lo dije: no soy de esas, Roberto.

—No sé a qué te refieres.

Se mordió el labio inferior. Roberto se la acercó hasta que sus pechos se rozaron; ella tuvo que levantar la cabeza para sostenerle la vista.

—Podrías ser un psicópata que tiene adiestrado a su perro para que se tire encima de la primera chica que pasa frente a su puerta.

Supo que pretendía bromear, aunque su gesto siguiese igual de serio.

—O solo alguien interesado en conocerte mejor. —Levantó un dedo e hizo lo que le reclamaba desde que su mechón se había soltado de la cola: le acomodó el pelo tras la oreja. Notó cómo se estremecía con su contacto y eso lo hizo vibrar por dentro—. Además, ya hemos tenido una cita. A partir de ahora, todo debería ser más fácil —afirmó con los ojos clavados en sus labios.

—¡Oh! No. Eso sí que no. —Tessa se deshizo de su sujeción y dio un paso atrás—. Yo sé muy bien cuándo tengo una cita, y esto no lo ha sido.

—Me dijiste dónde y a qué hora encontrarte. Así que sí, esto ha sido una cita.

—No. No lo ha sido.

—Aceptaré que esto no ha sido una *no* cita, solo si tú aceptas tener una *sí* cita.

—Eso es estúpido.

Roberto se dio cuenta de que Tessa apretaba los labios para evitar sonreír.

—Solo si no consigo lo que pretendo. —Se acercó de nuevo a ella.

—Hoy he quedado con mis amigas y mañana ya es domingo. Entre semana no salgo, así que tendrá que ser el próximo viernes.

—De eso nada. Mañana, en el club de *jazz* que hay junto al mercado. A las nueve. El concierto empieza a las diez y dura una hora; estarás en casa antes de las once y media.

Los labios de Tessa se curvaron y su rostro se suavizó.

—Vale.

—Muy bien. —Se pasó las manos por el pelo.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Roberto vio a Tessa alejarse mientras su corazón bombeaba con fuerza. Mierda. Debía tener cuidado.

* * *

Las luces de neón del Chicago Jazz llamaron su atención nada más girar la esquina. Era la primera vez que pasaba por allí con el local abierto, y su aspecto mejoraba de forma considerable. Las letras que configuraban el nombre del lugar en azul, y el saxo amarillo a su lado, ganaban mucho cuando centelleaban tras la cristalera que había junto a la entrada.

Aceleró el paso.

Una vez dentro, Tessa se frenó en seco y miró pasmada a su alrededor mientras la voz de Billie Holiday se colaba en sus oídos a un volumen que consideró perfecto. ¿Cómo se le había pasado por alto aquel lugar? El techo era blanco, las paredes, negras. Las columnas eran del mismo gris que la barra, donde unas luces de neón azules bailaban tras ella entre las botellas y las copas que servía un chico negro con las rastas más largas que había visto en su vida. Las mesas y las sillas no podían ser más oscuras, aunque estuvieran rayadas por el uso; el escenario era una explosión de color: negros, grises, azules, rojos y amarillos se fundían a la perfección sobre los instrumentos para que no le quitaras la vista de encima. En un lateral, las palabras *Wall of the fame*, en un rojo llameante, indicaban el lugar donde encontrar decenas de fotografías de músicos y cantantes actuando en el local.

Buscó a Roberto y lo encontró sentado en una esquina, justo enfrente del escenario, con la vista perdida en el móvil.

—Hola. ¡Este sitio me encanta! —Se acababa de quitar el abrigo cuando él se levantó y, cogiéndola por la cintura, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, alargando el momento en el que sus labios rozaron su piel más de lo debido. ¿Alguien se puede derretir con un simple beso? Pues sí.

—Sabía que te gustaría —susurró cerca de sus labios, y se sentó de nuevo.

Tessa lo miró con suspicacia; su rostro era el de un niño travieso que esperaba una reprimenda. Desde luego, sabía jugar sus cartas. Recobró la compostura justo en el momento en el que él señaló la salida de emergencia que tenían a su derecha.

—¡Oh! Gracias. —Se sentó.

—No hay de qué. El baño está al fondo a la derecha.

—Típico.

Una camarera se acercó para tomarles nota. Tras pedirle dos bocadillos vegetales y un par de bebidas, desapareció.

—Entonces, ¿no conocías este sitio? —Tessa negó con la cabeza—. ¿Te gusta el *jazz*?

—Se podría decir que sí. Aunque no es lo que escucho. ¿Sabes? Llevo casi ocho años en el barrio y ni se me había pasado por la cabeza entrar.

—¿Te viniste a vivir a Barcelona para estudiar? —Roberto arrugó la frente, como si de pronto recordara que se le había pasado algo por alto—. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

Acababan de dejarles las bebidas sobre la mesa, y Roberto le dio un sorbo a su Coca-Cola.

—Veintiséis.

—Treinta y dos.

Sus labios se tensaron al disimular una sonrisa. Lo miró a los ojos y le espetó:

—Vaya, pues no eres tan mayor.

La carcajada de Roberto no se hizo esperar. Contra todo pronóstico, se acodó en la mesa. Con un dedo, le colocó el pelo tras la oreja para después acariciarle el lóbulo.

—Es la primera vez que te veo con la melena suelta. Me gusta.

Contuvo la respiración y consiguió separarse de él sin parecer estúpida, y es que cada vez que hacía eso la desconcertaba. ¿Por qué creía que podía tocarla cuando le daba la gana? Es más, ¿por qué lo permitía? Mierda. Mejor no contestar a eso; apenas sabía nada de él y, aun así, jamás se había sentido tan cómoda con nadie.

La camarera llegó con los bocadillos. Un respiro.

—Y dime, ¿quién actúa esta noche?

—Los domingos tocan los alumnos de último curso y los profesores de la escuela de música del barrio. Tienen un buen nivel, la verdad. Siempre que paso unos días en Barcelona intento venir a verlos.

—¿Estás de paso? —Roberto pareció sorprenderse—. Bueno, no sé. Ayer me dijiste que ibas al parque con tu abuelo. Quizá solo has venido a pasar unos días con él.

—No. Me he trasladado a vivir aquí.

Los labios de Roberto se curvaron, y Tessa se dio cuenta de que, como siempre, su rostro había sido demasiado expresivo.

—¿Qué? —Intentó disimular.

—Por tu sonrisa, cualquiera diría que te ha gustado que un anciano como yo no regrese pronto a Londres.

Se removió, incómoda, mientras él esperaba una respuesta con un aire de satisfacción que decidió fulminar:

—¿Eres así con todo el mundo o solo conmigo? —refunfuñó.

—No soy un tipo engreído, Tessa. Solo fiel a lo que me interesa. Y, en este momento, no querría estar en ningún otro lugar del mundo ni, mucho menos, en compañía de otra persona. —Se le acercó y le pidió al oído—: Créeme.

El estómago se le contrajo. Le gustaba el sonido de su voz y el cosquilleo que sentía cada vez que las puntas del pelo de Roberto rozaban su piel.

Él se separó y bebió de nuevo de su vaso, a la espera de su reacción. Vale, sabía jugar muy bien sus cartas, porque aquello había estado pero que muy bien. ¡Joder! Seguro que su cara ya iba por libre y él ya sabía lo que opinaba.

—Sigo pensando que podrías ser un psicópata adiestraperos —le aseguró, mordiendo su bocado.

Los músicos subieron al escenario. Un hombre de unos cincuenta años, de pelo cano, presentó, uno a uno, a sus compañeros, y empezaron a tocar. A Tessa le impresionó la voz aguda del cantante, un chico que no tendría más de veintidós años y al que, si cerrabas los ojos, por su tono, le sumarías treinta más. Echó la espalda hacia atrás, sin acabar de creérselo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todas las mesas se habían llenado y que no era la única que estaba en estado de *shock*. Se fijó en el pianista: sus dedos volaban entre las teclas, mientras su cabeza colgaba de su cuello, muerta, tan cerca de las manos que las rozaría de un momento a otro. Movi6 sus ojos hasta el trompetista, que tenía los párpados bajados, la frente arrugada, e hinchaba los carrillos para después soltar el aire con auténtica vehemencia. A su lado, una chica de pelo rizado tocaba el contrabajo con tanta emoción que su cuerpo se movía en una cadencia de lo más sensual al ritmo de las notas.

Se giró hacia Roberto.

—Son increíbles.

—Lo sé.

Siguió con la inspección a la banda y descubrió que el que más le fascinaba era el saxofonista. Quizá era su vena romántica, pero se lo imaginó tras una ventana tocándole a

la luna, con unos tejanos desgastados como única vestimenta, y una chica tras él envuelta en una sábana. Se le escapó una risita. ¡Estaba fatal!

—También es pelirrojo. —La voz de Roberto la sobresaltó, lo miró, y se puso roja como un tomate—. Podría aprender a tocar —se burló.

En esa ocasión fue Tessa la que se le acercó y, en un susurro, le confesó:

—Solo fantaseaba. ¿Acaso tú no lo haces?

Tessa se quedó inmóvil, a la espera de que él se moviera, de que sus labios rozasen su frente. Roberto le cogió el mentón y le levantó la cara hasta que sus ojos se encontraron.

—Continuamente.

Levantó una mano, paseó la yema de sus dedos por sus pecas y el puente de la nariz. Cuando creía que Roberto la besaría, se separó de ella para seguir mirando al escenario.

Como estaba previsto, a las once en punto el concierto finalizó. Roberto pagó la cena y salieron a la calle.

El frío de finales de febrero no invitaba a quedarse plantados en la acera a conversar, así que empezaron a caminar hacia el parque.

—Otro día podemos repetir. Tocan de maravilla.

Tessa lo miró de reojo. Él permanecía callado, con la vista clavada en el suelo y las manos en los bolsillos.

—Claro.

Llegaron en silencio hasta el cruce donde sus caminos se separaban.

—Bueno. Me voy a casa. —Balanceó los brazos a los lados a la espera de que él propusiera acompañarla, pero no lo hizo.

—Buenas noches, Tessa. —Se le acercó y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Buenas noches.

Roberto se giró y echó a andar hacia su piso mientras Tessa contenía sus ganas de correr tras él y deshacerse de la necesidad de besarlo que la carcomía por dentro. ¿En serio que, después de tanto insistir, no le pedía otra cita?

* * *

Cuando el despertador sonó a las siete de la mañana, lo apagó de un manotazo.

Estaba cansada. Solía acostarse pronto y, al final, entre que había llegado a su casa a las once y media y que le estuvo dando vueltas durante un rato a la despedida tan extraña que habían protagonizado Roberto y ella, se durmió casi a la una de la madrugada.

Abrió los ojos y miró el techo de su habitación; aquella era la última semana de Juan antes de su jubilación y sería dura. Lo quería como a un padre y, por mucho que su hijo fuera bueno en su trabajo, jamás sería lo mismo. Retiró la funda nórdica en diferentes tonalidades de lila, a juego con las cortinas de la habitación, y se sentó en la cama. Respiró hondo y, entre bostezos, se acercó hasta la ventana y miró a la calle. A esa hora los coches ya transitaban con fluidez, y el parque empezaba a despertarse con las pisadas de los primeros corredores que lo visitaban. ¿Sería Roberto uno de ellos?

Eliminó esa idea de la cabeza de un plumazo y, a rastras, se dirigió al baño.

—¡Mierda! —gritó, llevándose las manos al pecho para evitar que el corazón se le saliera.

—¡Joder! —Marta estuvo a punto de resbalar en la ducha por el susto.

Las dos amigas se miraron con ganas de matarse.

—¿Qué te parece si me avisas cuando te quedas a dormir? —Tessa se quitó el pijama y lo tiró al suelo.

—Me entretuve más de la cuenta en el bar de Lucas con un compañero abogado al que me encontré allí. Hoy tengo que estar en el juzgado a las ocho, así que dormir aquí era la mejor opción. Y no quise llamarte y molestar. *Ya tú sabes...* —se burló, arqueando las cejas mientras se escurría la melena rubia y corría la mampara para salir.

—Pues déjame una nota encima de la mesa del comedor. Es mejor eso que matarnos mutuamente de un ataque al corazón.

—Cierto. ¿Qué tal la cita?

Tessa le relató la noche mientras se duchaba, y su amiga se secaba el pelo sin perder detalle de sus palabras.

—Un día tenemos que ir. En serio, tocan genial.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero vamos a centrarnos. Ese tío te acaricia cada vez que le da la real gana y, cuando surge el momento, ¿no se lanza a besarte? No lo entiendo. En mi dilatada experiencia no me ha pasado jamás.

—De los tíos con los que has salido, el único digno de mención es Dani. Y al final te destrozó. No creo que tus referentes sean buenos.

—Lo sé, pero leo mucho. Hazme caso, eso es raro.

Tessa, que ya se había duchado, torció el gesto.

—No sé. La verdad es que eso me da igual. Lo que no entiendo es por qué no propuso quedar otro día. —Se encogió de hombros, resignada—. En fin, ¿qué tal ese abogado de anoche?

—¡Uff! Un pelmazo. Solo me habló de la ley de protección de datos y de un caso que tiene entre manos. Aún no sé cómo no acabé en estado catatónico en el taburete de la barra.

—¡Qué animal eres!

Marta abrió la puerta del baño para salir.

—Cuando quieras te lo presento, aunque tú eres tan correcta que hubieses aceptado pasar la noche con él solo por lástima. —Enfiló el pasillo y entró en la única habitación individual del piso, en la que solía dormir, al menos, un par de veces al mes. Marta, y su otra amiga Laura, habían compartido piso con ella hasta hacía poco. Y mientras Laura se había llevado todas sus pertenencias, a excepción de un pijama, Marta seguía conservando un armario repleto de ropa y calzado—. Tessa la siguió con el cepillo redondo enroscado en el pelo.

—Yo no hago esas cosas. Pero ¿es un decir o te lo propuso?

—«Nena, ¿acabamos en mi casa?» —dijo Marta, con voz ronca, mientras levantaba un poco el labio superior y movía la cabeza a los lados—. Vamos, un gilipollas.

Tessa se rio y abrazó a su amiga, que se acababa de poner un traje de chaqueta gris que le quedaba de muerte.

—El mercado está muy mal: tíos que solo hablan de su trabajo, hombres que no concretan una segunda cita... Hace tiempo que te lo digo: no lo tenemos fácil.

Marta abrió el armario y sacó unos zapatos negros con un tacón de diez centímetros; se encaramó a ellos y se puso el abrigo.

—¿Y desde cuándo esperas a que hagan algo por ti? Después de la primera noche, todo es más fácil. Si es que te lo has pasado bien, claro.

Tessa rio. Esas fueron las palabras de Roberto después de su no cita.

—No lo sé.

—Mmm... —Marta examinó el rostro de su amiga—. Estás decepcionada.

—No me caes bien. —Salió de la habitación y se dirigió al baño mientras Marta se moría de la risa.

Empezó a secarse el pelo, pasándose el cepillo con ímpetu por la melena.

—¡No te pongas así! No ocurre nada por estar coladita por un guiri descafeinado. Además, después de toda una vida, ya era hora. ¿No crees?

—Si tú lo dices...

El móvil de Marta empezó a pitar.

—¡Mierda! O me voy ya, o no llego al juzgado. —Se acercó hasta su amiga y, tras darle un beso en la mejilla, la amenazó—: Esta conversación no se acaba aquí.

Miró la hora, las siete y media. Se había entretenido con Marta y, ahora, si quería llegar antes de las ocho a la oficina, no le quedaba más remedio que correr.

Se acabó de arreglar dándole vueltas a la boda de Juan y Sara —desde el sábado por la tarde, cuando tuvo su primera no cita, no había pensado más en ello—. Se fue hasta la cocina, intentando recordar si conocía a alguien que le pudiera echar una mano con el tema de las carpas. Se preparó un bocadillo de queso fresco para el trabajo y cogió la fiambra con la comida; lo metió todo en una bolsa de Betty Boop que tenía solo para eso y la dejó encima de la mesa del comedor.

Corrió hasta la habitación, se colocó su abrigo verde y cogió el bolso.

Cuando estaba a punto de salir, se dio por vencida; era inútil pensar en la boda.

¿Por qué Marta siempre tenía razón?

* * *

A tan solo cinco minutos de su casa se encontraba el bar de Lucas. No era uno de esos sitios elegantes, de moda o temáticos. Solo era un bar de barrio. Uno de esos de toda la vida; en el que el propietario conocía bien a sus clientes y se preocupaba por ellos. Donde los asiduos conocían las alegrías y las miserias de los demás y donde, para fastidio de Tessa, servían unas raciones de jamón ibérico que pondrían nerviosa a su madre.

Al cruzar la puerta, Lucas le dio la bienvenida desde la barra con la mano mientras charlaba con uno de los habituales acerca del último partido de fútbol: un Real Madrid-Barça que habían jugado la noche anterior y que, para indignación del propietario, perdieron los merengues. Tessa le devolvió el saludo con una sonrisa.

El local tenía dos espacios, uno a la derecha, donde se ubicaba una barra alargada con sus taburetes, frente a unas sillas tapizadas en un verde oscuro y mesas más bajas de lo normal; y, después, una zona más amplia donde había dos niveles separados por una baranda de color marrón oscura que hacía juego con las mesas y las sillas. Las paredes y el techo eran de piedra, y el ambiente estaba iluminado con unas lámparas de hierro forjado que desprendían una luz amarillenta.

Se paró frente a la barra y miró hacia las mesas. No vio a sus amigas por ninguna parte.

—¡Estamos aquí! —De entre el montón de cabezas sobresalieron las perennes uñas rojas de Laura.

—¡Ufff! Estoy agotada. Estos días están siendo muy intensos en el trabajo. Sería capaz de dormirme aquí mismo. —Se dejó caer en la única silla libre que había en la mesa, entre sus dos amigas.

—Voy a por una cerveza —dijo Marta levantándose—. ¿Quieres una?

—Prefiero una Coca-Cola.

Marta desapareció y Tessa se fijó en cómo la miraba Laura. La morena tenía la nariz arrugada y la boca torcida. ¿Qué sería ahora lo que no le gustaba? Se habían conocido el primer año de universidad y, a los pocos meses, Laura se fue a vivir con las dos amigas al piso de Tessa. Desde entonces, y aunque entre Marta y ella siempre había existido más complicidad —por aquello de crecer juntas—, se convirtieron en un trío inseparable.

—¿Cómo te tengo que decir que debes cuidar tu imagen? —le espetó sin poder retener más su pensamiento.

—¿Perdona? —Tessa puso los ojos en blanco. Imaginó que allá iba uno de los sermones sobre la correlación entre el glamour y el éxito en la vida.

—Tu bolso. Es inadmisibile.

—A mí me encanta. Me lo compré la semana pasada en el chino por quince euros. —Levantó el objeto que tanto desagradaba a su amiga y se lo expuso. Señaló el dibujo animado y la moto antigua de color rojo y blanco que lo acompañaba—. No pude resistirme.

—¡Qué pasada! No te lo había visto —agregó Marta tras dejar las bebidas sobre la mesa.

—Un bolso dice mucho de una mujer —les informó Laura, como si se lo dijese por primera vez.

—Pues en este caso nos indica que a Tessa le gustan Betty Boop y las motos. Cosa que es cierta. —Marta asintió con la cabeza, satisfecha de sus propias palabras. De repente, hizo un mohín y añadió—: Aunque ella no es sexi.

—Cabrona —dijo entre dientes la aludida.

Vio titubear a Laura y, por un instante, creyó que ahí acababa todo. Error. Laura siguió a lo suyo:

—Trabaja en una empresa importante como secretaria de dirección. No puede ir por la vida con un bolso de los chinos. No es coherente. —Ignoró la presencia de Tessa para buscar una aliada en Marta.

—¡Joder! Ni que cobrase una pasta —se quejó malhumorada.

Esperó a que Marta contestara:

—A ver, Laurita, que nos conocemos. Aquí cada una somos de nuestro padre y de nuestra madre. Por mucho que lo intentes, no nos vas a transformar en alguien como tú.

Laura se irguió en la silla. Marta la imitó.

—¿A qué te refieres?

—Le das mucha importancia al aspecto físico. Para mi gusto, un pelín demasiado. Para el de Tessa, excesivo. —Laura miró a Tessa con cara interrogante. Ella cogió su bebida con las dos manos y le dio un sorbo mientras fijaba la vista en las piedras del techo—. Tus gafas a lo retro valen una pasta; tu ropa desenfadada vale una pasta; tu bolso vale una pasta. Resumiendo: te has convertido en una pija.

—¿Pija? ¡Eso es una falacia! —Laura apretó muchos los labios. Estaba a punto de estallar.

Tessa siguió con el vaso entre las manos, pero bajó la vista. No podía perderse.

—¿Lo ves? —Marta se echó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y, en contra de su voluntad, agarró las manos de Laura—. Sabes que tengo razón, por eso se te escapa la risa. Te he pillado. Y ahora, para ser completamente feliz, solo tienes que decirlo en voz alta. Culminarás la aceptación y te sentirás mejor. Te lo aseguro. —Su argumento sonó en la cabeza de Tessa como el de un predicador americano.

Laura no pudo más y estalló en carcajadas. Marta y ella explotaron después, mientras algunos clientes las observaban con una sonrisa contagiosa en los labios.

—Soy pija —dijo Laura, solemne, cuando dejó de reír.

La aplaudieron y, tras coger cada una su bebida, brindaron por la valentía de Laura.

—Creo que estamos fatal. Me voy al lavabo.

Tessa se adentró en el pasillo y escuchó de nuevo las risas de sus amigas. Con cara de boba, agarró el pomo de la puerta del baño para entrar.

—Creía que no salías entre semana.

La voz de Roberto fulminó su sonrisa. Supuso que acababa de salir del aseo masculino; tenía su cuerpo tan cerca que notaba el calor que desprendía. Era miércoles, no lo había visto desde el domingo, y no quería engañarse a sí misma: el cansancio que arrastraba no se debía solo al trabajo. Había pensado mucho en él. ¿Por qué no habían vuelto a quedar? Y, después de tanto juego dialéctico, ¿por qué no intentó besarla?

Se giró poco a poco, como si tuviese miedo a rozarlo.

—He quedado con unas amigas para tomar una copa. —Su voz intentó justificar sus actos, y se sintió estúpida por ello.

Roberto se acercó un poco más, apoyó una de sus manos en el marco de la puerta y, como el que no quiere la cosa, resiguió las ojeras de Tessa con la yema de sus dedos.

Cerró los ojos.

—Se te ve cansada. —Como respuesta, un pequeño gemido—. Yo tampoco duermo bien. Lo mejor será que...

Dejó de hablar, pero no de tocarla. El roce de su piel la excitaba con una facilidad que jamás creyó posible experimentar. Su cuerpo se abandonó tan rápido a los deseos de Roberto que fue incapaz de negarse. Apoyó la espalda en la puerta y, justo antes de perder la capacidad de razonar, rogó que nadie la abriera desde dentro. Él siguió a lo suyo: el puente de la nariz, los pómulos, la barbilla. Todo parecía consumirse a su paso. Los labios, deseosos de atención, temblaban con un ansia desconocida. Se los lamió, y el sonido gutural que emitió Roberto le hizo hervir la sangre.

—Mírame —susurró en su oído.

Abrió los ojos y se encontró con una sonrisa devastadora, de puro éxito. Él sacó la lengua y recorrió sus labios. Los párpados se rindieron a su peso y se cerraron de nuevo. Los brazos cobraron vida y, tras aferrarse al jersey de Roberto, se apretó contra él y abrió la boca para que tomase todo lo que quisiera. La calma dio paso a una auténtica tormenta en la que la mano de Roberto la sujetaba por la nuca y la apretaba contra sí mientras la devoraba. Con la otra mano la alzó por la cintura y, como si fuese una muñeca, la empotró contra la pared tras dar unos pasos para alejarse de la puerta. Tessa tiró del jersey hacia arriba para ir en busca de la piel de Roberto, pero no pudo. Frustrada, enroscó las piernas en torno a sus estrechas caderas.

—Chicos, este no es lugar. —La voz de Lucas irrumpió en el pasillo.

Tessa bajó las piernas tan rápido como su cerebro fue capaz de recordar dónde se encontraba. Avergonzada, y sin mirar a Lucas, le dijo:

—Lo siento.

—Ya se ha ido. —La voz de Roberto sonó aún más grave.

Observó cómo se pasaba las manos por el pelo, frenético. Tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad.

Sin decirle nada, entró en el lavabo. Se refrescó la cara y la nuca con agua fría. Se metió en uno de los compartimentos y, después de mear, repitió la operación anterior. Joder, como mínimo había sufrido locura transitoria. De no ser por Lucas, ¿hasta dónde hubiese llegado? Lejos. O, para ser más realista, hasta el final.

Regresó a la zona de la barra y buscó a Roberto, pero no lo encontró.

—¡Espera! —le gritó Lucas antes de que se reuniera con sus amigas—. Me ha dado esto para ti. —Le entregó un papel doblado por la mitad; Tessa lo desplegó y vio que era su

número de teléfono. Se lo guardó en el bolsillo del pantalón tejano—. Ha venido un par de veces; no parece mal tipo, pero no lo conocemos. Ten cuidado.

Llegó a la mesa y creyó entender que sus amigas comentaban algo sobre un juicio que tenían al día siguiente. Se puso el abrigo, agarró el bolso y, ante sus miradas atónitas, les dijo:

— Debo irme. Nos vemos mañana. Tengo que hablar con Roberto.

—Vale.

—¿Quién es ese Roberto? —Tessa oyó la frase de Laura cuando se despedía de Lucas.

Subió las escaleras de su bloque de dos en dos, cruzó el umbral de la puerta, lanzó las llaves sobre la estrella que tenía en la mesa del comedor —que era el lugar donde las guardaba— y, tras deshacerse de las botas, se subió sobre el sofá de color verde. Cogió el papel del bolsillo, lanzó el abrigo de mala manera sobre una de las sillas marrones y se sentó con las piernas cruzadas. Respiró hondo y, con dedos temblorosos, abrió la nota y la leyó de nuevo. Añadió el número de teléfono en la agenda de su móvil.

Cerró los ojos y se acarició los labios con la yema de los dedos. Una risita tonta se le escapó mientras flexionaba las piernas y ocultó su rostro entre ellas. Estuvo así unos minutos, mientras cavilaba si era mejor llamarlo o enviarle un mensaje. Después de todo, conocía su dirección, podría ir hasta su casa. Optó por el mensaje; era menos violento. Aunque sentía curiosidad por saber cómo era la voz de Roberto por teléfono. No quería ni pensar en la cara que pondría si se presentaba en su casa. Otra risita.

Intrigada por conocer más de él, buscó en el WhatsApp su foto de perfil. Rio sorprendida cuando se topó con una imagen en la que *Corner* lucía unas gafas de sol rosas y un sombrero de paja blanco.

A las 22:36 le envió un «hola» que media hora más tarde seguía sin ser leído.

Sentada en el sofá con la televisión encendida, el teléfono iba de una mano a otra sin parar, mientras a cada instante comprobaba si el doble *check azul* aparecía en la pantalla. A las 23:17, por fin, cambió de color. Esperó un rato. Pero nada. A las doce, desanimada, se metió en la cama convencida de que no dormiría. ¿Por qué su teléfono no pitaba?